

Trabajo Fin de Grado

La cólera de Ludd y Swing
El luddismo industrial y agrario en el primer tercio del siglo XIX

The anger of Ludd and Swing.
Industrial and agrarian luddism in the first third of the XIXth
century

Autor/es

Ignacio Cavero Garcés

Director/es

Carmen Frías Corredor

Grado en Historia

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
2019/2020

INDICE

INTRODUCCIÓN	2
INGLATERRA EN EL SIGLO XIX: CONTEXTOS POLÍTICO, ECONÓMICO Y SOCIAL	6
EL DESGASTE DE LAS RELACIONES COMUNITARIAS ..	11
Política liberal, economía liberal: la ética del comerciante	11
El avance imparable del progreso	12
LUDD EN ACCIÓN	15
La descripción del conflicto	16
La destrucción y otros quehaceres	21
Los castigos del Rey Vapor.....	26
EL LUDISMO ESPAÑOL	28
UN NUEVO CAPITÁN PARA EL PUEBLO: EL CAPITÁN SWING	33
La Chispa de Swing.....	33
El Capitán Swing.....	36
Humo blanco: Pautas y objetivos de Swing.....	39
CONCLUSIONES	41
BIBLIOGRAFÍA.....	43

RESUMEN

El ludismo fue un movimiento de rebelión y resistencia de especial virulencia en Inglaterra entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Protagonizado por trabajadores textiles, constituyó, entre 1811 y 1816, una de las primeras formas de lucha obrera contra el capitalismo. La magnitud de las protestas derivó de un contexto económico especialmente difícil para los trabajadores, coincidente además con la prohibición e ilegalización del asociacionismo obrero a raíz de las Combination Laws de 1799 y 1800. Explicar su naturaleza resulta, no obstante, más complejo y requiere tener en cuenta los drásticos cambios generados por la industrialización, en particular la liquidación de las costumbres y de la legislación paternalista que habían venido rigiendo las actividades comercial e industrial. Algo más de un década después, en pleno auge del capitalismo rural, las revueltas –conocidas como revueltas Swing- se extendieron a la campiña inglesa.

Palabras clave: Ludismo, Inglaterra, capitalismo, industrialización, Swing.

ABSTRACT

Luddism was a movement of revolt and resistance, which displayed a remarkable degree of virulence in England between the end of the 18th century and the beginning of the 19th century. Having the textile workers as its protagonists, it constituted one of the first means of workers' struggle against Capitalism. The magnitude of such protests arose from an economic context especially harsh on the workers, coinciding with the outlawing of labour associations through the passing of the Combination Laws of 1799 and 1800. Explaining their nature becomes a more intricate matter, as it requires the consideration of the drastic changes caused by the Industrialization, especially the abolition of customs and the paternalist legislation that had, until then, dominated over the commercial and industrial activities. More than a decade later, during the plenitude of the rise of Capitalism, the Luddites riots –known as Swing riot– extended through the vast English countryside.

Key words: Luddism, England, capitalism, Industrialization, Swing.

INTRODUCCIÓN

Las formas de explotación que aparecieron con la Revolución Industrial son muchas y de muy variada tipología y magnitud. El gran salto hacia adelante que generó la máquina de vapor y el ferrocarril –iconos del progreso técnico- fue una cara de la moneda; la otra remite a las consecuencias económico-sociales y culturales que tuvo el proceso industrializador sobre los trabajadores; millones de personas que se convirtieron nada más que en el combustible que movía esa imponente maquinaria. Ambas forman parte de un tiempo complejo, encrucijada entre un mundo que no acababa de morir y otro que, imparable, se abría camino y que acabaría conduciendo tanto al aumento de la riqueza nacional como al empeoramiento de las condiciones laborales de los trabajadores¹. Inmersos y sacudidos por tal transformación, las formas de respuesta de éstos ante semejante cambio fueron numerosas e intensas en una coyuntura particularmente depresiva como fue la de la segunda década del siglo XIX: el ludismo fue, con diferencia, la más sonada de todas y posiblemente la más interesante.

La destrucción de máquinas, como explicaré más adelante, era una forma de protesta que podemos encontrar a lo largo de la Historia de dos maneras, similares a primera vista, aunque diferentes en definitiva: como forma de presión para lograr un fin, por la cual los trabajadores destruyen una máquina como modo de presión hacia el patrón, logrando el doble objetivo de, primero, obligar a arreglar la máquina, pues hasta entonces no se podía trabajar, y segundo, se evitaba el uso de rompehuelgas y esquirols por parte de los jefes. Pero la destrucción de máquinas podía también presentarse con una expresión diferente, más compleja y mucho más interesante: el ludismo. Abrigados por la noche, bandas de trabajadores de muy diferente condición, con las caras embetunadas para ocultar sus identidades, iban de casa en casa y de taller en taller buscando unas máquinas que ellos percibían como enemigas y fuente de su más inmediata miseria para hacerlas pedazos.

¹ No quiero insinuar que el nivel de vida de las clases trabajadoras con el desarrollo de la Revolución Industrial experimentara una enorme caída; el debate que se dio en las décadas de los 60 y 70 (al que hago alusión más abajo) sobre la evolución del nivel de vida de las clases populares tras la industrialización se zanjó con que éste ni cayó estrepitosamente, ni mejoró apreciablemente. Los beneficios de la Revolución Industrial los disfrutaron las clases burguesa y aristocrática de Inglaterra mientras que las clases trabajadoras mantuvieron sus niveles de subsistencia tradicionales. Ni el pasado era el Edén, ni el presente fue un infierno mayor, suficiente fue lo que ya tenían estas gentes del setecientos y el ochocientos.

Trataré de presentar cómo pensaban estas personas y cómo el nuevo mundo industrial en el que se vieron insertadas de manera forzada les iba a obligar a buscar nuevas formas con las que enfrentarse a él, siendo el ludismo un movimiento de resistencia puente entre la sociedad pre industrial y la industrial. Trataré de presentar el mundo en el que vivían estas personas, y como su propio contexto, de la mano con las transformaciones económicas, políticas y sociales de largo recorrido –provenientes incluso de siglo XVII– iban a empujar a estos trabajadores a ponerse cara a cara contra la máquina –no contra el progreso– por su propia supervivencia.

Nada de lo que ha ocurrido en la Historia ha sido fruto de la casualidad, o ha sido concebido sin que unas condiciones externas condicionaran en mayor o menor medida su propio desarrollo; por ello, es importante primeramente conocer el mundo económico, político, social y mental en el que estos luditas aparecieron. Los contextos económicos y políticos son muy importantes para comprender el cómo y el porqué del abandono y la desprotección que sintieron los trabajadores ingleses a fines del XVIII y comienzos del XIX; la imposición de una mentalidad nueva proveniente de las filosofías liberales iba a producir un desgaste en las relaciones comunitarias que sería mortal para éstas, y del que saldría una nueva mentalidad y un nuevo tiempo de trabajo más intenso y, mirado en perspectiva, para nada beneficioso. La ruptura continua de la moral consuetudinaria fue un elemento clave para comprender los levantamientos luditas tanto de 1811-1812 como los agrarios de 1830-1832.

Los estallidos luditas –tanto los industriales como los agrarios– fueron siempre precedidos inmediatamente de una crisis económica que solía tornarse de subsistencia por culpa de subidas absurdas de los precios y caídas estrepitosas de los salarios. Por ejemplo, el periodo 1800-1813 vio subir el precio de la arroba² de trigo de poco más de 107 chelines, al tope de 180 en Yorkshire; así, un trabajador textil manual podía invertir más de la mitad de su salario únicamente en pan³. Otro ejemplo: 1829 fue el año que los trabajadores agrícolas recordaron como el más duro de su historia.

El detonante inmediato, por tanto, es importante; sin embargo, también es interesante examinar las condiciones de largo recorrido, las apuntadas más arriba sobre los contextos políticos, como la Revolución Francesa; económicos, como los cercamientos, el desarrollo del *domestic system* o la introducción de máquinas; y

² La arroba de trigo equivalía aproximadamente a unos 90 Kg.

³ RUDE George, *La multitud en la Historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, Madrid, siglo XXI, 2009, p. 97.

sociales, como la enorme tradición contestataria y asociativa de los trabajadores ingleses. Es tan importante la mirada al suceso inmediatamente anterior como echar un vistazo a la estructura de larga duración sobre la que se mueve el primero. No pueden comprenderse unos levantamientos del calibre de éstos sin tener en cuenta rupturas morales de las tradiciones populares inglesas; sin poner en ese contexto el descontento que generó la ruptura del consenso de protección entre dominantes y dominados. El ludismo va mucho más allá de donde puede llegar un análisis economicista, enseñanza que brindó Thompson a los historiadores hace ya más de 60 años.

Pero prosiguiendo, el objetivo de este trabajo, y dada la naturaleza del mismo, es el de presentar una visión general del conflicto ludita que azotó Inglaterra en 1811-1812 y 1830-1832, además de apuntalar la internacionalidad de la categoría histórica que es el ludismo y pasar someramente por los estallidos luditas que también hubo en España. La estructura que pretendo seguir es una dividida dos grandes bloques: uno para estudiar los estallidos luditas de 1811, que estará dividida en tres capítulos: el marco general y el contexto en el que se insertan, la descripción del conflicto ludita y una narración breve sobre los estallidos luditas acaecidos en España; el otro bloque estará conformado por un solo capítulo, en el que trataré de explicar y presentar las Revueltas Swing, el ludismo agrario de 1830-1832. Por último, presentar las conclusiones a las que el estudio de los materiales bibliográficos me han llevado. Una estructura bastante tradicional, pero que considero eficaz para presentar el tema.

Como decía, por la naturaleza del trabajo, la visión estará basada en bibliografía conocida; una selección de monografías sobre el tema, entre las cuales figuran los títulos que cambiaron la perspectiva y asentaron la que ahora es la visión dominante del tema: *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra* de E.P. Thompson y *La Multitud en la Historia* de George Rudé para estudiar el ludismo, y *Revolución Industrial y Revuelta Agraria. El Capitán Swing* de Eric Hobsbawm y George Rudé para los levantamientos Swing. Añadir que este libro es, por excelencia, el de referencia para estudiar los levantamientos del ludismo agrario, y por eso mismo en el estudio de las revueltas Swing me he basado básicamente en aquel.

Estos tres títulos principalmente dieron un vuelco a la visión historiográfica dominante. Entre los historiadores del movimiento obrero, principalmente los Hammond, los luditas no eran más que una mancha en el impoluto currículum de los sindicalistas británicos; una turba de ignorantes trabajadores movidos exclusivamente por el hambre y el miedo, y que no se les debía prestar la atención que podía merecer,

por ejemplo, el Cartismo. La brillantez de los tres historiadores mencionados arriba reside en el cambio de perspectiva para estudiar los movimientos luditas, y sobre todo la aparición con fuerza de la renovación cultural que presentaron –sobre todo Thompson– combinada con el materialismo histórico característico de los marxistas. Una triada de ejemplos que muestran perfectamente la perspectiva seguida por el grupo de los marxistas británicos, del que forman parte: la llamada *history from below* o Historia desde abajo.

Intentando acercarme un poco más al presente, también me gustaría saldar deuda con un libro del que he extraído muchas lecciones, que podría considerar importantísimo y heredero intelectual directo de Thompson, *Clase obrera e Industrialización* de John Rule, un texto casi 30 años más joven que el del marxista británico, pero que no tiene nada que envidiar a aquel. Su deuda intelectual con Thompson es clara y no por ello hay que considerarlo menos capital; puede considerarse tanto un homenaje inmenso como una continuación de la tradición iniciada.

Ahora, y parafraseando el título de Rudé, la *Multitud* estaba en la Historia. No sólo se introdujo a la clase trabajadora, al campesino y al artesano como sujeto histórico y objeto de estudio, sino que se les hizo partícipes del devenir histórico: no eran sujetos pasivos que aparecían de vez en cuando sino que estaban siempre presentes, y de hecho movían el mundo. Estas perspectivas tuvieron sus limitaciones, como es obvio, y fueron posteriormente matizadas y completadas: ¿Dónde estaban las mujeres? ¿Y las gentes de fuera del hemisferio norte occidental? Las renovaciones historiográficas, la Historia de Género y la Historia Colonial vendrían a completarla y a añadir esos dos sujetos históricos nuevos junto con la clase. Sin embargo, el análisis global que realizaran estos tres marxistas británicos para el ludismo difícilmente pueda ser superado: las explicaciones que ofrecieron, combinando larga duración y corta duración, son muy sólidas y nos permiten comprender unos estallidos de violencia y subversión del orden que hasta entonces no habían recibido la complejidad e importancia que merecían.

INGLATERRA EN EL SIGLO XIX: CONTEXTOS POLÍTICO, ECONÓMICO Y SOCIAL.

Antes de entrar a evaluar el conflicto que nos ocupa, es necesario comprender el mundo en el que se desarrolló; un mundo en precoz –pero imparable– proceso de transformación, donde los avances tecnológicos que seguirían a la revolución industrial iban a generar uno de los periodos de expansión económica más acelerados hasta el momento, aunque fueran a notarse unas décadas después; un mundo en el que el viejo régimen iba a ser prontamente arrollado en el continente, donde las estructuras caducas del absolutismo serían pulverizadas por una Revolución Francesa que, puede servir como punto de partida de la contemporaneidad. Sin embargo, no hay que exagerar sus dimensiones, pues este mundo era también un mundo preponderantemente rural, ni siquiera el que era *el taller del mundo* se veía como podría pensarse: las humeantes chimeneas de Manchester y las abarrotadas fábricas textiles iban a tardar unas pocas décadas en aparecer. Era además un mundo, citando a Hobsbawm, «*mucho más pequeño y mucho más grande que el nuestro*»⁴. Un mundo aún por conocer, ya que pese a estar completamente descubierto, estaba muy poco definido y al cual aún le faltaba un tiempo para ver correr los grandes caballos de metal que serían las locomotoras y el ferrocarril. Por tanto no hay que acelerar forzosamente los acontecimientos, ni tratar de dibujar un paisaje industrial donde no lo hay.

Considero evaluar tres escenarios previos que afectaron directa o indirectamente a Gran Bretaña: por una parte, el conflictivo contexto político en el que se encontraba Europa entre 1789 y 1811; (una revolución que agitó el mundo, una serie de guerras que asolaron el continente, la generalización de ideas radicales y jacobinas...); por otra parte, el enorme desarrollo económico que iba a protagonizar nuestra pequeña isla al norte de Europa, un contexto económico, sin embargo, bipolar, pues mientras las clases empresariales crecían económicamente, encontramos unas clases populares sufriendo paro, bajada de salarios y malas cosechas; y por último, un contexto social convulso, producto de aquel contexto económico, donde el motín de subsistencia y la huelga iban a generalizarse como medio de presión contra los nuevos empresarios y contra la nueva moral que iba imponiéndose.

⁴ HOBBSAWM Eric, *La Era de la Revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 1997, p 15

El conflicto lúdico hay que encuadrarlo en un contexto político internacional muy convulso y agitado, las guerras napoleónicas y su repercusión internacional iban a condicionar mucho las destrucciones de máquinas. Gran Bretaña, pese a haberlo deseado, no se encontraba sola en Europa y se vio afectada por los acontecimientos que los últimos años del siglo XVIII iban a preparar al Viejo Continente.

Escasamente dos décadas antes del primer levantamiento contra la máquina, una revolución que cambiaría el futuro de Europa –y del mundo– estallaba en Francia. A partir de entonces, los acontecimientos políticos iban a precipitarse y en 1793 era decapitado en Europa un rey por segunda vez. Luis XVI había intentado huir de Francia en la conocida *Noche de Varennes* pero fue encarcelado y pasado por la guillotina un año más tarde. La guerra, factor fundamental en la radicalización de la Revolución, había estallado un año antes. Avanzando en el tiempo, nos encontramos con que, mientras el primer estallido propiamente lúdico se daba en la isla británica, las fuerzas contrarrevolucionarias de Europa se enfrentaban a Francia en una guerra que se decía liberadora frente al Imperio Napoleónico. Una guerra que, irremediablemente, iba a afectar a Gran Bretaña y que se dejó sentir entre las clases populares.

La guerra que iba a desarrollarse en el continente precipitaría los acontecimientos: Una de las primeras consecuencias que tuvo esta guerra fue el cierre forzado del mercado internacional; ni entraban ni salían productos de la Isla (ni de ningún lugar). Esto inevitablemente afectó sobremanera a los trabajadores asalariados, pues cuando ésta se hizo endémica, se encontraron con que la producción se redujo enormemente, sino paró; lo que ocurrió fue lo esperado: caída en picado de salarios para los más afortunados, el paro total para los menos; si además añadimos un periodo de malas cosechas el resultado es uno sólo: el hambre. Para terminar de cerrar el círculo, nos encontramos ante un trabajador totalmente desprotegido contra las nuevas leyes económicas que estaban aplicándose, pues el precoz sindicalismo inglés del siglo XVIII no encontró paz en este capitalismo ya cada vez más desarrollado.

Este sindicalismo, arcaico a todas luces, ya en la década de 1750 se comenzó a consolidar en Gran Bretaña: muchos grupos de obreros cualificados se asociaban alrededor de sus oficios no sólo para poder tener y trabajar en un taller de manera legal, sino también para resistir de manera colectiva a los ataques tanto a su trabajo y salario como hacia su tradición. Esta resistencia se ejecutaba dejando el trabajo, realizando una huelga más o menos de manera pacífica; aunque las formas violentas de presión existían, aún no eran la norma. No obstante, los sindicatos fueron prohibiéndose a lo

largo del siglo XVIII y finalmente 1799 fue el año en que se materializó la animadversión total a las organizaciones obreras. La publicación de las *Combination Acts* llevó a la clandestinidad, sino a la desaparición, a este precoz sindicalismo que se desarrollaba en Gran Bretaña. Sin embargo, previo a la aprobación de las famosas leyes antisindicales, existían ya más de cuarenta ordenanzas que podían atacar directa o indirectamente a las *trade unions*⁵.

Nos encontramos pues ante una coyuntura bastante desfavorable para el trabajador británico –aunque su compañero europeo no se encontraba mucho mejor–; con unas leyes que claramente favorecían al patrón y con una importante teoría económica en muy avanzado desarrollo que buscaba exprimir hasta el último huevo de oro de aquella maravillosa gallina que era el artesano asalariado.

Pero si hablamos de economía, debemos zambullirnos en también en ese contexto en Gran Bretaña. Hablar de la economía en este marco temporal inevitablemente nos lleva hablar del paradigma de la Revolución Industrial; sin embargo no necesitamos profundizar tanto en el análisis, ni estudiar los efectos ni las causas de un fenómeno que tardaría décadas en afectar al mundo y que a los sujetos de nuestro estudio no les trajo muchas mejoras. Hemos de zambullirnos en un contexto más pequeño y familiar. Y es que los años que preceden al estallido ludita fueron años de alza de precios de los productos básicos por una sucesión de malas cosechas, una subida de precios que se combinó con una bajada brusca de los salarios pues la producción había disminuido, sino parado, por causa de las Guerras Napoleónicas que asolaban Europa y que habían obligado a cerrar el mercado internacional. Para terminar de cerrar este círculo de miseria, la situación institucional iba a permitir introducir la novedosa *Ley Speenhamland*. Ahora iba a ser la parroquia la que se haría cargo de sus pobres, dándoles ayudas económicas en el caso de no alcanzar el nivel de subsistencia: los salarios, tras la aprobación de esta ley cayeron en picado.

Por otra parte, hay que conocer la estructura económica inglesa y las formas de propiedad que coexistían en la isla. No obstante, decir coexistir es decir mucho, ya que la gran mayoría de la tierra se encontraba en manos de grandes terratenientes. Esta tierra era cultivada por arrendatarios que a su vez empleaban a la gran mayoría de la población desposeída⁶. Los grandes campos abiertos que habían caracterizado a la

⁵ RULE John, *Clase obrera e Industrialización. Historia social de la Revolución Industrial, 1750-1850*, Barcelona, Crítica, 1990, p.374.

⁶ HOBBSAWM Eric, *La Era de la Revolución.....*, p. 38

Inglaterra de los siglos anteriores eran sustituidos por parcelas separadas, individuales, cultivadas por campesinos asalariados o arrendados. El campesino propietario era una excepción más que inusual y el siervo no más que un recuerdo lejano.

Por último hemos de fijarnos en que a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, el sistema de trabajo a domicilio se había más que generalizado. Una forma de trabajo en la que participaban campesinos y comerciantes. La relación comenzaba con el comerciante, éste aportaba la materia prima y recogía el producto a un precio muchísimo menor que en otro lugar pues el trabajo a domicilio se realizaba como actividad complementaria al trabajo agrícola y no estaba sujeto a las rígidas tradiciones de los gremios urbanos. Este sistema a domicilio precedió a las grandes fábricas de las décadas posteriores.

Por último, habría que apuntar que las décadas finales del siglo XVIII y las dos primeras del XIX fueron socialmente muy convulsas en Gran Bretaña. Como hemos descrito más arriba, la estructura económica, mayoritariamente rural, servía a los intereses de unos pocos terratenientes que, aliados con los ricos comerciantes que se aprovechaban de los trabajadores a domicilio, dictaban los devenires del país y de sus propias vidas. Ante esto, al trabajador y al jornalero no les quedaba otra opción más que recurrir al motín. Pueden mencionarse multitud de revueltas tanto en el mundo rural como en el urbano y que el historiador George Rudé recogió de manera minuciosa en su famoso libro *La Multitud en la Historia*. Estas revueltas y motines rara vez tomaban un cariz político y normalmente buscaban satisfacer y resolver un conflicto inmediato.

Nos encontramos, por tanto, con un enorme descontento entre las clases populares que, junto con la pobre situación económica generada por las malas cosechas, la guerra internacional y la pérdida salarial, llevó casi inevitablemente a que los motines del hambre, cuya pauta ya ha sido descrita por Thompson y que distaba mucho de ser aleatoria y anárquica, fueran los más comunes en este periodo. La pauta más común solía ser la de fijar el precio: una multitud asaltaba el mercado y, de manera consciente y meticulosamente preparado, se tomaban los productos de aquellos que se sabían acaparadores y transgresores de la *moral* consuetudinaria y se vendían a un precio justo. Thompson realiza, en su conocidísimo artículo de *La economía moral de la multitud*, una serie de descripciones que ilustran muy bien el conflicto.

Sin embargo, no fue ni mucho menos la única forma de contestación social que encontramos. Ya desde mediados del siglo XVIII la huelga como forma de presión colectiva fue un método bastante utilizado entre los trabajadores. El dejar de trabajar

para conseguir unos objetivos económicos, aunque dista mucho aún de las modernas huelgas políticas, no dejan de indicar un cierto grado de organización y de conciencia de ser entre estos trabajadores. Además, no podemos dejar de lado uno de los medios coactivos más llamativos, como eran las destrucciones de máquinas. Decir simplemente que existían diferentes tipos de destructores, no todos eran luditas, y que se desarrollarán más adelante.

La situación en Gran Bretaña distaba de ser tranquila, y de ello son muestra la multitud de *leyes* que los Lores del Parlamento fueron aprobando contra el asociacionismo de los artesanos primero y contra la destrucción de máquinas después, más arriba mencionadas.

EL DESGASTE DE LAS RELACIONES COMUNITARIAS

Ya hace un tiempo que E.P. Thompson desarrolló y advirtió del uso indiscriminado del término *motín* en su conocida *Economía moral de la multitud* y su debilidad teórica y terminológica para contener todo lo que se supone que abarcaba⁷. Una de las cuestiones en las que incide en su artículo es en el concepto de *consenso popular* sobre las prácticas legítimas e ilegítimas en el comercio, lo que derivaba directamente al famoso concepto de «economía moral». Estos conceptos (*consenso popular* y *economía moral*) van a ser clave para comprender y explicar las resistencias que hubo al avance de esa nueva moral, de esa nueva manera de computar el tiempo de trabajo a destajo, de esa nueva forma de ver y vivir la vida que esa moderna forma de organizar la producción estaba introduciendo.

Política liberal, economía liberal: la ética del comerciante

Las últimas décadas del siglo XVIII vieron nacer uno de los textos más importantes sobre economía de todos los tiempos. Escrito por un profesor de la Universidad de Glasgow en 1776, considerado uno de los primeros escritos sobre economía moderna, fue el pilar fundamental para el desarrollo posterior de la teoría económica: me refiero a *La Riqueza de las Naciones*. Este texto fue importante, más allá de por carácter fundamental, porque fue prontamente asumido por la alta sociedad inglesa. Fue también prontamente despojado de sus tintes contestatarios de liberalismo político y posteriormente ocultados bajo la sábana del crecimiento económico a cualquier coste. De la mano de este liberalismo económico vino una nueva forma de ver el mundo. La idea de libertad económica y todo lo que ello conllevaba se iba a erigir sobre un mundo partido: abrazada por unos; por los magnates y comerciantes y por la incipiente clase fabril de nuevos empresarios hechos a sí mismos; pero a su vez sería rechazada por los campesinos, artesanos y demás miembros de las clases populares que sólo les sirvió para ver cómo aquellas tierras, antes disfrutadas por la comunidad, las «*open fields*» iban a comenzar a cercarse y separarse en parcelas e iban a ver sus antiguos derechos consuetudinarios desaparecer bajo la nueva sociedad moderna.

El antiguo modelo de paternalismo político y económico que pudiera ejercer el Estado sobre –siguiendo a Thompson–, por ejemplo el mercado, donde se aseguraba un

⁷ THOMPSON Edward, «La Economía moral de la multitud», en THOMPSON Edward *Costumbres en Común*, Madrid, Capitán Swing, 1992.

comercio directo entre agricultor y consumidor, donde la venta fuera del mercado y fuera de horas estaba prohibida y donde la venta por muestreo estaba, como poco, penada⁸, nos encontramos con un Estado que poco a poco va abandonando su papel «paternal», siendo poco a poco engullido por la avidez del comerciante. Encontramos varias descripciones en el texto de Thompson, arriba mencionado, sobre este hecho como para sacar en claro que, seguro, esta transformación afectó al común transcurrir de la vida cotidiana.

Como adelantaba arriba, el concepto de economía moral puede ser muy poderoso para explicar las resistencias a estos cambios que comenzaron a darse en los últimos años del siglo XVIII, y pienso que también puede servir para explicar en paralelo los levantamientos luditas de comienzos del siglo XIX; no ver una turba violenta y tecnófoba sino algo más profundo donde los cambios en los ritmos de trabajo tuvieron mucho que ver, al igual que la progresiva desaparición del modelo paternalista tuvo que ver en los motines del siglo XVIII. A eso dedicaré el próximo apartado.

El avance imparable del progreso

El debate historiográfico sobre la situación de explotación de la nueva clase trabajadora, de sus mejores o peores condiciones de vida con respecto al trabajador a domicilio y de las posiciones de unos *optimistas* que veían unas claras y estadísticas mejoras sustanciales de la calidad de vida de estas personas y de unos *pesimistas* que no encontraban aquellas mejoras por ningún lado, ya habló Thompson en su famosísimo «*La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra*», y, aunque nunca pueda decirse que un debate historiográfico queda zanjado, deja bastantes e interesantes argumentos sobre la mesa, concluyendo con que, para la mayoría, la situación era mala tanto en 1760 como en 1830, ni su situación era peor, pero desde luego que tampoco era mejor⁹.

Y se afirma tan categóricamente que no era mejor porque, pese al aumento de los salarios, los precios de los productos de consumo aumentaron también¹⁰. Pero más allá de la capacidad o incapacidad de adquisición de productos, hubo algo que trastocó del todo la calidad de vida de las gentes: los choques entre una concepción tradicional de

⁸ THOMPSON Edward, *Costumbres en común...*, p 71.

⁹ THOMPSON Edward, *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra*, Barcelona, Capitán Swing, 1989, p. 219.

¹⁰ MORI Giorgio, *La Revolución Industrial*, Barcelona, Crítica, 1987, p. 115.

medición del tiempo de trabajo y las altas exigencias que la nueva maquinaria económica imponía a los nuevos trabajadores:

«[...]la primera generación de proletarios de fábrica procedía, como hemos dicho, de un ambiente en el cual la única medida del tiempo eran los fenómenos naturales, en el que nadie le daba órdenes directas, en el que podía dejar de trabajar cuando quisiera[...]; este proletario se encontró con horarios de trabajo continuados e interminables, tuvo que obedecer a las órdenes de un jefe[...], en cierta medida se asemejaba a la idea que ellos se hacían del infierno»¹¹

Encontramos pues que el nuevo trabajador ha perdido el control sobre su vida laboral, y con ello el control sobre su propia vida. Ya no tiene momentos para invertir en sí mismo pues los horarios absurdamente largos de 12, 14 o hasta 18 horas no dejaban tiempo para vivir. Por otra parte, los nuevos empresarios imprimieron en sus trabajadores su férrea obsesión por la puntualidad¹², cuya violación era sancionada con una amplia gama de castigos punitivos que iban de enormes multas al despido del que no estuviera en su puesto al momento de que el pito de la fábrica diera comienzo a la jornada.

Se puede afirmar, por tanto, que la nueva empresa fabril colaboró en el desgaste de las relaciones comunitarias de manera clara. La pérdida del control de la propia vida, derivada de la pérdida del control de la vida laboral, junto con la imposición de ritmos de trabajo inhumanos fijados por una máquina, la subordinación a un jefe y a unos horarios interminables favorecieron que no pueda hablarse de mejora en la calidad de la vida de las y los nuevos proletarios, igual que afirmaba Thompson. Esto estaría relacionado con lo que Weber llamó *tradicionalismo*: «Un hombre “por naturaleza” no desea ganar más y más dinero, sino simplemente vivir como está acostumbrado a hacerlo, ganando lo necesario para ello»¹³. Al nuevo trabajador proletario no le importaba ganar un poco más, pues este beneficio económico que la nueva esclavitud asalariada a la que él sentía que estaba siendo empujado le daba, lo obtenía a costa de pérdidas en su manera tradicional de vivir. Es muy importante tener en cuenta esta mentalidad que las clases populares fueron adquiriendo conforme avanzó el nuevo

¹¹ *Ibidem.*, p. 115

¹² RULE John, *Clase obrera e industrialización...* p. 202.

¹³ WEBER Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1998, p. 118.

sistema económico, ya que será clave para comprender por qué los luditas actuaron como lo hicieron.

LUDD EN ACCIÓN

Antes de comenzar con los estallidos luditas de 1811 y 1812 me gustaría examinar otro tipo de destructores de máquinas. A ojos del observador no especialista las palabras destructor de máquinas y ludita son intercambiables y hacen referencia al mismo fenómeno; una turba descontrolada y conservadora, opuesta al progreso y a la tecnología, destruyendo unas máquinas de algún taller con la mente nublada por el hambre y el paro que aquellas máquinas les han generado. Esta definición no parece ser tomada ya en serio por ningún especialista para ningún tipo de destructor de máquinas. El conflicto fue revalorizado en el pasado por historiadores como Hobsbawm o Thompson quienes, a través de años de investigaciones y publicaciones, cambiaron del todo la visión que se tenía de este fenómeno. Ahora, tanto los luditas de 1811 y 1812 como los destructores de máquinas que ahora examinaré, no se guían por la locura generada por el hambre sino que llevan detrás unas motivaciones económicas y sociales –y en algunos casos políticas– que cambian por completo la manera de ver esta primera forma de lucha obrera.

Los estallidos a los que hacía referencia más arriba, los que hay que diferenciar de los luditas, son estallidos comunes en la Historia, que aparecieron con siglos de anticipación. En 1511, en la ciudad de Burdeos, unos trabajadores de la Catedral destruyeron una bomba de agua cuando sus exigencias salariales no se vieron satisfechas¹⁴; en 1758 los trabajadores del textil en Inglaterra, con la introducción de la máquina de esquililar, destruirían los talleres donde trabajaban por razones similares a las de los trabajadores franceses¹⁵. Como estos dos ejemplos hay muchos más, citados en multitud de obras de referencia. Lo que ha de quedar claro es que estos destructores utilizaban esta «negociación colectiva a través del motín»¹⁶, no como una forma de hostilidad a la máquina, sino como una manera de hacer escuchar sus exigencias. Era una técnica sindical muy útil en la época preindustrial y en sus primeras fases de desarrollo¹⁷.

¹⁴ VEGA CANTOR Renán, *La Rebelión de los luditas (un bicentenario olvidado 1812-2012)*, Biblioteca Virtual Omegalfa, 2014, p. 2. Recuperado en: <https://omegalfa.es/autores.php?letra=v#>.

¹⁵ RUDÉ George, *La multitud en la Historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1979, p.73. citado en: *Ibidem*, p 3.

¹⁶ HOBBSAWM Eric, *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y Jazz*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 17.

¹⁷ *Ibidem*, p.18.

Me gustaría incidir en lo dicho más arriba; estos destructores no eran hostiles a las máquinas; sus acciones eran una forma de presión a sus patronos, como lo fueron la quema de parvas, la huelga o la destrucción de producto terminado. La eficacia que tenía destruir una máquina frente a hacer huelga es que mientras la herramienta con la que debías trabajar estaba hecha añicos la existencia de esquirols y rompohuelgas era indiferente¹⁸. La única forma de resistencia que tenían estos trabajadores eran «el grito y la bronca», y hasta el desarrollo del sindicalismo moderno y de masas la forma más eficaz de hacer realidad sus intereses.

La descripción del conflicto¹⁹

En general, se suele hablar de una oleada principal entre 1811 y 1812 y tres oleadas menores en 1812-1813, 1814 y 1816 donde las destrucciones ya fueron menores y en su mayoría, las agitaciones no alcanzaron la gravedad que si tuvo la primera ola. Este primer tsunami ludita tuvo su epicentro entre los tejedores de medias y encaje de los condados de Nottingham, Leicester y Derby, y el seísmo que lo generó fue muy diverso; las malas condiciones en las que se encontraban los trabajadores textiles de estos condados conformaban una de las placas tectónicas –siguiendo la metáfora del terremoto– que iban a provocar el temblor ludita. Entre estas malas condiciones se encontraban, además de bajos salarios, la cuestión del alquiler de los telares por parte de los comerciantes, cuestiones de índole gremial como el número de aprendices que podían contratarse... pero la cuestión capital de esta placa tectónica la encontramos en la confección de medias *cortadas*²⁰ que generaban un producto de menor calidad. El segundo de los elementos de choque lo encontramos en el cierre del mercado americano por causa de las guerras napoleónicas, lo que causó una depresión industrial que inevitablemente iba a repercutir entre los trabajadores del textil. El último de los elementos desestabilizadores fue la sucesión de malas cosechas generadas entre 1809 y 1812 que llevaron a subir el precio del trigo como pocas veces se había visto.

¹⁸*Ibidem*, p. 20.

¹⁹Las descripciones que voy a realizar están extraídas de: RUDE George, «El Ludismo», en RUDE George, *La multitud en la Historia...* pp 95-111.; y de: VAN DAAL Julius, *La Cólera de Ludd*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2015. Las reflexiones que pueda realizar serán mías.

²⁰Este tipo de medias consistían en confeccionarlas a través de moldes, colocados sobre el tejido, para coserlas después. Esta técnica causó un gran descontento entre los tejedores de medias porque permitía emplear a mano de obra no especializada con menores salarios, por lo que desplazaba a los artesanos profesionales de sus puestos de trabajo habituales.

El primer estallido lo encontramos en un pequeño pueblo, de nombre Arnold, cerca de Nottingham, en febrero de 1811. En este lugar se estaban realizando medias *cortadas*, lo que llevó a los revoltosos luditas a inutilizar los telares de los medieros *moralmente* cuestionables (insistir en esto). Las destrucciones prosiguieron, ya extendiéndose a otros pueblos, hasta abril, cuando hubo de intervenir el ejército, aunque para entonces más de 200 telares habían sido destruidos. En verano hubo una pausa en las destrucciones y lo que ocurrió en estos meses no puede saberse, sino especulando. Sin embargo, para noviembre los telares volvieron a sufrir la ira ludita, esta vez en los alrededores de Nottingham y de manera coordinada entre varios pueblos, lo que indica que el ejército de Ludd no había perdido el tiempo durante la era estival. Además, comenzaron a aparecer las primeras cartas firmadas por su Capitán: Ned Ludd²¹. La escalada de destrucciones prosiguió a la par que el acuartelamiento de tropas en la zona crecía de manera paralela hasta alcanzar (según se dice) una cifra mayor que la que Wellington llevara en 1808 a Portugal. La zona de Nottinghamshire podría considerarse pacificada en la primavera de 1812, aunque con grandes pérdidas en lo que a maquinaria se refiere.

La represión legal se activó con la ley del 14 de febrero de 1812. Ésta calificaba como muy grave el delito de destruir máquinas, y se vio recrudescida el 5 de marzo de 1812 donde directamente se penaba con la muerte dicho delito. Ante este hecho parece ser que sólo la voz del poeta Lord Byron se levantó en defensa de los luditas trabajadores²². Es indudable que esta dura pena debió afectar a los tejedores, pero a todos los trabajadores en general de Inglaterra. Una política del miedo como método de represión que, sumado al resto de medidas represivas desarrolladas por el Estado inglés y que puso al servicio de los empresarios, no era más que el desarrollo lógico del *laissez-fairer* en la isla y que tanto gustaba, no sólo a los burgueses ingleses, sino a la burguesía en general.

Mientras el foco ludita de Nottinghamshire se desarrollaba y apagaba, su ejemplo, como una ola, había llegado a condados aledaños. Primeramente hablaremos del corazón de la Revolución Industrial, los condados de Lancashire y Cheshire. Esta que pronto sería el motor de la industria inglesa, era una zona donde el telar a vapor aún no

²¹ Hay mucha leyenda con respecto al origen del nombre del famoso capitán. La más repetida parece ser que un aprendiz de tejedor del condado de Leicestershire de nombre Ned Luddlam y que vivió entre los siglos XVIII y XIX, en un arranque de furia, destrozó dos máquinas del taller de su maestro.

²² VEGA CANTOR Renán, *La rebelión de los luditas...*, p. 9

se había generalizado; apareció por primera vez en 1806 y no parece que molestara en exceso a los tejedores manuales que aún eran mayoría en los condados; las guerras napoleónicas, sin embargo, iban a cambiar eso. Igual que en los condados de Nottinghamshire, la guerra iba a radicalizarlo todo. Aquí nos encontramos con el mismo esquema más arriba desarrollado: el cierre del mercado americano, que llevó a una depresión del mercado y dejó a multitud de tejedores sin trabajo, y una sucesión de malas cosechas hicieron que aquel telar a vapor comenzase a ser visto como una amenaza; de hecho, fue en los lugares donde esta máquina más había arraigado donde estallaron los primeros levantamientos²³.

Las últimas semanas de 1811 ya amenazaban tormenta, pues se hablaba de reuniones secretas entre tejedores locales y tejedores de Manchester; en los últimos días de febrero de 1812 los fabricantes *moralmente cuestionables* comenzaron a recibir cartas en nombre de *Edward Ludd*, quien les advertía de sus «pecados» y de las consecuencias que podían tener; en marzo ya ocurrió la primera tentativa destructiva. Una turba de obreros con las caras embetunadas atacó una fábrica en la ciudad de Stockport; algunas ventanas se hicieron añicos pero el objetivo principal de incendiar el edificio fracasó.

Tras un agitado mes de marzo en el que se sucedieron diferentes motines y protestas de nulo carácter ludita, el 14 de abril de 1812 en la ciudad de Stockport de nuevo volvió a hacer aparición el general Ludd, o mejor dicho sus esposas; una turba que marchaba por las calles de la ciudad coreando canticos, amenazando con destruir las máquinas de vapor y a sus dueños de muerte, estuvo dirigida por dos hombres vestidos de mujer a los que sus compañeros llamaban las *esposas del general Ludd*²⁴ y quienes los dirigían a la casa de un tal Joseph Goodair, dueño de varios telares a vapor. La turba incendió su casa y destrozó sus telares con el producto ya terminado en ellos. Los disturbios se extendieron después a la ciudad de Oldham, donde comenzaron con un motín de hambre, terminando por tomar un cariz ludita al atacarse varias máquinas y fábricas de empresarios locales.

Los disturbios llegaron finalmente a las grandes ciudades de Liverpool y Manchester. Aquí continuaron como epílogo del suceso hasta julio. Fue su fin porque los magistrados comenzaron a ver el conflicto como algo más serio de lo que pudiera parecer; convocaron a la milicia y reclutaron voluntarios que colaboraron con las

²³RUDE George, *La multitud en la Historia...*, p. 101

²⁴*Ibidem*, p 102.

fuerzas del orden locales para hacer frente al problema. Sin embargo, la pasividad de las gentes ante los fisgones, soplones y chivatos de la policía y su lealtad –o quizás admiración o gratitud– al Ejército de Reparadores de Ned Ludd les dificultó la tarea a las fuerzas del orden. Debió existir un cambio de estrategia entre los magistrados, comenzando a acosar a estas poblaciones, minando su lealtad a los luditas y, sobre todo, cortando las vías de comunicación entre los destructores y las poblaciones aledañas y la suya misma. Fuera como fuere, los ecos de los destructores comenzaron a apagarse hacia el verano de 1812; para julio, el ludismo en los distritos algodoneros de Lancashire había prácticamente muerto.

Me gustaría destacar ahora el caso de la ciudad de Manchester, donde las protestas luditas tuvieron dos particularidades. Primero, las revueltas en esta ciudad no sólo tenían un cariz económico, sino que se tornaron en protesta política²⁵; una carta enviada a un magistrado local amenazaba con «*derrocar por la fuerza a esa serie de bribones, [...], a quien hacemos culpables de todas las miserias de nuestro País*»²⁶. Segundo, el odio ludita a la máquina en Manchester se manifestó también en un odio al acaparador; como una reminiscencia del pasado más reciente el acaparador se convirtió en objetivo directo de los luditas, al que agredían, quemaban sus propiedades y graneros, etc. El acaparador aquí cumple la misma función que la máquina; y es que el ludita no se opone al progreso técnico, sino al cambio global de las relaciones sociales de reproducción, las cuales le amenazaban, y esta podía materializarse en una máquina o en individuos²⁷, gracias al *laissez-fairer* del gobierno británico.

Por último, habría que examinar el tercer foco de ludismo; el foco protagonizado, en su mayoría, por tundidores del condado de Yorkshire. Como el resto del país, los trabajadores de este condado sufrían el duro contexto de malas cosechas, bajos salarios o incluso paro, y la depresión comercial, producto del cierre del mercado americano e internacional. Los tundidores eran un oficio orgulloso, orgullosos de su trabajo y de su maestría. La introducción de la máquina tundidora en un principio no pareció ser un problema a priori grave, había sufrido rechazo pero de manera pacífica, ya que ahorraba trabajo, abarataba costes y permitía contratar trabajadores de menor cualificación, pero no había causado mucho conflicto entre ellos. Sin embargo, el invierno de 1811-1812

²⁵ *Ibidem*, p. 101

²⁶ Citado en *Ibidem.*, p. 108

²⁷ HOBSBAWM Eric, *Gente poco corriente...*, p 21.

fue especialmente duro por las malas cosechas y la guerra en el continente, por lo que el rechazo pacífico a las tijeras tundidoras se tornó rápidamente en furia ludita.

Las destrucciones comenzaron en los alrededores de la ciudad de Leeds, donde a la altura de enero comenzaron a correr rumores de un más que posible ataque a las máquinas. Los rumores se confirmaron cuando a finales de enero varias hilanderías de fabricantes de la ciudad fueron incendiadas. En febrero comenzaron a aparecer informes policiales que advertían de la presencia de bandas de hombres con la cara embetunada que se paseaban por las casas de los fabricantes amenazando y destrozando sus máquinas de manera brutal. Algunas cartas amenazantes, firmadas por el General del Ejército de reparadores, llegaron a los buzones de algunos de estos fabricantes que usaban deliberada e inhumana estas tundidoras que dejaban sin pan a los trabajadores.

Un blanco de especial interés para los luditas de Yorkshire fue el fabricante Cartwright y su fábrica en Rawfolds. Cartwright era un activo defensor y promotor de las nuevas máquinas, y por ello fue señalado y condenado a sufrir el castigo del Capitán Ludd. Un enorme grupo se congregó ante la fábrica del fabricante; armados y dispuestos a destruir la fábrica, hicieron añicos varios cristales de la fábrica antes de entrar en una trampa. Y es que Cartwright había sido advertido previamente de esta intentona y se había preparado, contratando matones y pistoleros que esperaban tras las puertas de la fábrica. Con la incursión de los luditas, estos abrieron fuego contra la multitud que hubo de huir dejando dos compañeros muertos atrás. El terrible suceso de la fábrica de Rawfolds abrió una nueva vía que iba a ser única del condado de Yorkshire. Aunque la máquina continuaba siendo el objetivo, el odio a los fabricantes aumentó, y de hecho se dio un paso más en la lucha al intentarse atentar contra la vida del odiado Cartwright. Éste escapó, pero otro fabricante no tuvo tanta suerte. El ludismo solamente tomó esta forma de terrorismo en esta ocasión, ya que no se dio en más lugares, pero muestra que había aparecido una personificación del odio a la máquina en la figura del fabricante; un odio que podría decirse, era de clase, aunque la formación de esta conciencia aún no estuviera del todo desarrollada.

Con la primavera, Edward Ludd escribió su testamento y sería enterrado en el verano de 1812. Los sucesos ocurridos con Cartwright y el fabricante muerto llevaron a aumentar los militares parapetados en los pueblos con actividad ludita y poco a poco, las bandas de luditas fueron desactivadas, descubiertas y finalmente ajusticiadas. Con la ejecución de los luditas de Yorkshire, esta primera y principal ola de ludismo llegó

suavemente a la costa para morir –pese a haberse llevado varios barcos por delante–. Este gran maremoto ludita solamente tuvo tres pequeñas réplicas en 1812-1813, 1814 y 1816, pero no tuvieron ni de cerca el alcance que pudiera tener esta primera, ni por supuesto el seguimiento de aquella. El fantasma de Ned Ludd parecía intentar renacer en un mundo donde ya era anacrónico, al menos entre los trabajadores del textil; habría que esperar casi 15 años para verlo renacer con otro nombre y entre otros trabajadores. Ludd sería rebautizado como Swing, y reasignado a los trabajadores agrícolas. De él hablaré más adelante.

La destrucción y otros quehaceres

La palabra ludita siempre nos va a hacer referencia a un destructor de máquinas; unos grupos de trabajadores que, en bandas de un número reducido de miembros (generalmente), invadían los talleres de los fabricantes que alteraban el orden moral de la vida cotidiana y destruían las *odiosas máquinas*, pero también todo lo que estuviera a su mano: desde herramientas hasta producto ya terminado y listo para ser vendido. Es decir, su característica más significativa es aquella descrita: destruir el *telar odioso*.

Sin embargo, si la única significancia que tuvieron los luditas hubiera sido la destrucción de máquinas, por muy generalizada que esta entretenida actividad hubiera estado entre los trabajadores del textil ingleses, no estaría aquí hablando de ellos; su actividad habría pasado como una breve nota al pie en los libros de Historia social; seguramente ni habrían recibido tal nombre. Pero sí que tuvieron otras significancias importantes de las que poder hablar.

Pese a lo dicho, primero sí es necesario desbrozar un poco la destrucción de la máquina: ¿Cómo ocurría? ¿Cuándo se llevaban a cabo los ataques? ¿Eran todas las máquinas destruidas? Si eso no era así ¿qué criterios les llevaban a discriminar unas fábricas de otras? Algunas de estas preguntas ya se han respondido más arriba: los luditas sí actuaban con discriminación y parece ser que entre los habitantes de los pueblos donde existían movimientos luditas corrían rumores de que existían *listas* que señalaban quien debía sufrir la cólera de Ludd²⁸. Los criterios de elaboración de las listas quizás no podamos saberlos nunca con certeza, pero presumiblemente se elegirían los fabricantes que más sangraran a los trabajadores; por ejemplo, el atentado fallido contra el fabricante William Cartwright más arriba descrito sería un ejemplo: un

²⁸ RUDE George, *La multitud en la Historia...*, p. 99.

fabricante que no tenía en mucha estima a los pobres y del que se decía –quizá por motivo de una deformación de la tradición oral– entre las gentes de Rawfolds que se negó a dar agua a dos hombres heridos de muerte a menos que éstos entregasen a sus camaradas²⁹. También, parece ser que los ataques se llevaban a cabo por la noche en pequeños grupos de no más de 10 o 20 personas, aunque pudieron llegar a cientos, como se atestigua en ataques como el de Rawfolds. Solían ir enmascarados o con la cara embetunada o cubierta de hollín; se comunicaban *«por medio de un santo y seña, y el disparo de una pistola o escopeta en general es una señal de peligro o de retirada»*³⁰. También se habla de la disciplina férrea que tenía el *Ejército de Reparadores*, donde la desobediencia al jefe del grupo –se decía– se castigaba con la muerte³¹.

Las destrucciones, como decía, no eran lo único que destacaba entre los luditas; las cartas amenazantes eran un signo definitivamente suyo, casi tanto como el hacer pedazos una tundidora. Estas cartas, como he repetido a lo largo de la exposición, se enviaban únicamente a blancos elegidos por Ned Ludd; a veces eran amenazas directas de muerte, otras veces simples recordatorios de que la posesión de las *odiosas máquinas* podía poner una diana en la espalda, y otras pedían financiación para la causa ludita. Aquí un ejemplo de una extraída del libro de George Rudé:

«Señor,
Se me ha informado que es usted dueño de algunas de esas detestables máquinas esquiladoras... Sepa usted que si no son retiradas a fines de la próxima semana, encomendaré a uno de mis Lugartenientes que las destruya... y si tiene usted la audacia de disparar contra cualquiera de mis Hombres, ellos tienen órdenes de Asesinarlo a usted e incendiar su Casa...»³²

Las cartas tenían todas una estructura similar; comenzaban con una interpelación a la persona propietaria: “señor”, “caballero”...; continuaban describiendo la miseria en la que estaban inmersos los trabajadores por culpa de las *detestables máquinas*, esta descripción podía ser más o menos detallada pero venía a servir de justificación ante el inminente ataque; la carta proseguía con la amenaza que el General Ludd vertía sobre el fabricante inmoral: *«[...] si vosotros aceptáis esto, bien estará, y si no, os visitaré*

²⁹ THOMPSON Edward, *La formación de la clase obrera...*, p. 607.

³⁰ *Ibidem*, p. 599.

³¹ *Ibidem*, p. 600.

³² RUDÉ George, *La multitud en la Historia...* p. 104.

*personalmente.»*³³. La visita no sería agradable desde luego. Finalizaban con una despedida cortes y eran firmadas por el “*General*” o “*Capitán*” Ludd.

Y al igual que las cartas, las canciones, baladas, himnos y poemas entonados por los luditas, pero también por las comunidades que los resguardaban cantaban, eran un signo muy característico del Ejército de Reparadores; aquí un ejemplo:

*«Héroes de Inglaterra que queréis tener un oficio
sed sinceros unos con otros y no temáis,
aunque la bayoneta esté calada no pueden haceros nada,
siempre que sigáis las normas del General Ludd.»*³⁴

Aquí otra donde, además, se puede apreciar el papel que jugaba Ned Ludd en el imaginario, no sólo de los luditas, sino también en el de tejedores y artesanos:

*«No cantéis más vuestros viejos versos sobre Robin Hood,
admiro poco sus azañas.
Cantaré los triunfos del General Ludd
que ahora es el héroe de Nottinghamshire»*³⁵

Ejemplos de canciones hay muchos. La música era algo que siempre acompañaba tanto a los motines y a las pequeñas revueltas como a las grandes revoluciones, tanto para levantar los ánimos como para amedrentar al enemigo. Las canciones, desde luego, serían conocidas por los vecinos, a quienes se pretendía arengar y de quienes se pretendía conseguir simpatía; pero también serían conocidas por los fabricantes, a quienes se pretendía asustar y convencer de que su uso de las máquinas no iba a quedar impune. La música podría ser perfectamente un elemento aglutinador de la idea ludita y a la vez un elemento diferenciador entre opresores y oprimidos; entre el *Ejército de Reparadores* y el *Rey Vapor*.

Cartas y canciones acompañaban generalmente a las acciones de los luditas pues eran medios para amedrentar al enemigo. Sus actividades eran muy amplias: las destrucciones de máquinas no solían ir acompañadas de asesinatos, de hecho, ya decía el propio General Ludd que las armas de fuego eran «*sólo para haceros respetar*», pero sí era común acompañarlas con la destrucción de la casa del fabricante o el asalto de su

³³ Fragmento de una carta ludita, reproducida en: *Ibidem*, p. 99.

³⁴ Canción ludita extraída de: THOMPSON Edward, *La formación de la clase obrera...*, p. 609.

³⁵ Canción ludita extraída de : *Ibidem*, p. 593

bodega privada. También eran habituales entre los luditas largos paseos de casa en casa pidiendo financiación para su Ejército, o un trago de algún licor o algo de comer. El pillaje no era común por dos motivos: primero, al ser los luditas miembros de una comunidad, sería difícil de creer que saquearan y robasen a sus vecinos; y segundo, esa comunidad era, en parte, su mayor defensa pues les ocultaba y defendía de las autoridades, y no sería extraño que también en ocasiones colaborase en las acciones contra las máquinas, sobre todo cuando se sobrepasaba un cierto límite moral: el asesinato de un vecino o compañero ludita. Este dibujo claramente no representará una realidad, la cual sería mucho más compleja y desde luego menos ideal; sin embargo, sí puede servir para delimitar unas actividades que desde luego ocurrían pues están perfectamente documentadas por la historiografía del movimiento obrero.

Con toda esta información sobre la mesa surgen necesariamente unas preguntas: ¿Cómo se organizaban las bandas luditas? ¿Existía un “poder central” ludita? ¿Tenían comunicación entre sí? La comunicación entre las distintas regiones que albergaban estallidos luditas existía, y de hecho, como se menciona más arriba, están constatadas en los pueblos algodoneros reuniones secretas entre delegados locales y procedentes de Manchester³⁶. Pensar en un poder central ludita quizás es pensar demasiado. Las zonas de actuación de las bandas estarían comunicadas entre sí, como decía, pero dudo mucho que existiera una centralización de sus actuaciones; la prueba de ello, a mi parecer, está en las diferencias internas apreciables entre los distintos focos luditas, con objetivos diferenciados entre ellas:

«El ludismo de Lancashire demostró tener el grado de contenido político más alto, a la vez que la mayor espontaneidad y confusión. El ludismo de Nottinghamshire, en cambio, era el más organizado y disciplinado, y el que se limitaba, de forma más estricta, a los objetivos de tipo laboral. El ludismo de Yorkshire se desplazó de los objetivos de tipo laboral hacia otros de más largo alcance»³⁷

Las diferencias, como puede verse, son demasiado notables como para pensar en un poder ludita centralizado que organizase las destrucciones y que buscase homogeneizar el conflicto.

³⁶ RUDÉ George, *La multitud en la Historia...*, p. 101.

³⁷ THOMPSON Edward, *La formación de la clase obrera...*, p. 598.

Sin embargo, no puede pensarse que los estallidos luditas eran espontáneos; una de las características que más se han destacado entre los historiadores del movimiento obrero de estos destructores de máquinas, y que desde luego los diferencia de otros destructores de máquinas y sabotadores, es en primer lugar su grado de organización, pero en segundo lugar hay que tener muy en cuenta el contexto en que suceden las insurrecciones: *«el ludismo era un movimiento cuasi-insurreccional, que se agitaba continuamente al borde de ulteriores objetivos revolucionarios»*³⁸. Aunque haya que dejar claro que el movimiento ludita nunca llegó a esos niveles de agitación necesarios para convertirse en un movimiento revolucionario, sí tenía las cualidades para poder convertirse en uno, y la organización y premeditación de las destrucciones son unas características casi obligatorias para cumplir aquella necesidad.

Incontables son las pruebas que ejemplifican esta afirmación, y quizás la mayor de todas sea la práctica generalizada –al menos al comienzo de los disturbios– de no matar ni hacer daño a los dueños de las máquinas, sólo debían destruirse los *odiosos telares*, lo que además de organización, indica una disciplina de hierro, una disciplina que podía mantenerse porque los altos mandos del *ejército de reparadores* eran, por así decirlo, todos iguales. Dicho de otra forma, no existían los cargos en la Armada de Ned Ludd. Sin embargo, quizás el mejor argumento en contra de la tesis de la espontaneidad es el más sencillo, y lo da Edward Thompson, un argumento que casi podría parecer obvio una vez expuesto:

*«Cualquiera que haya dirigido una rifa u organizado un torneo de dardos sabe que no se pueden reunir por la noche y en un lugar determinado muchos hombres provenientes de diversos distritos, disfrazados y armados con mosquetes, martillos y hachas; formados en línea; pasarles revista mediante números; [...], todo ello no se puede hacer con la organización espontánea de un “asalto” colectivo.»*³⁹

³⁸*Ibidem*, p. 598.

³⁹*Ibidem*, p. 623.

Los castigos del Rey Vapor

*«Esos villanos, los tejedores, ya crecidos y contestatarios
Piden socorro por caridad;
Así, pues, colgadlos arracimados en las paredes de las fábricas.»⁴⁰*

Entre 1811 y 1816 más de mil máquinas fueron destruidas por los luditas, saqueos y robos a los mismos propietarios fueron más que comunes y la intimidación tanto a fabricantes como a esquirols estuvo más que extendida. El terror que los luditas pudieron despertar entre las clases dirigentes británicas fue enorme; la sublevación había llegado a unos niveles tales que muchos en el Parlamento temieron lo peor. Sin embargo, el terror que pudieran sentir las clases propietarias no fue ni una pequeña porción de la sangría y el terror que causó la reacción parlamentaria entre los destructores. Decenas de miles de soldados fueron desplegados en el transcurso del conflicto, con las terribles consecuencias que esto suponía para las poblaciones locales – un número mayor que el que Wellington llevó a la Península Ibérica a enfrentarse a Napoleón, se dice–; detenciones, abusos y maltratos fueron más que comunes sin ninguna duda. El colofón llegaría el 17 de febrero de 1812 con la aplicación de la pena capital a toda destrucción ludita.

Sin embargo, Gran Bretaña no debió de ser, como ya apuntó Thompson, un “Estado Policial”, sino que debieron existir debates entre las clases dirigentes sobre cómo atajar el conflicto. El Ministerio de Interior, por una parte, buscaba el mayor número de detenciones posible, juicios casi sin posibilidades y penas que muy raramente fueran conmutadas; la manera de resolver la problemática era pues violenta, buscando que el miedo anidase entre los luditas y entre sus colaboradores, que también podían ser detenidos aunque no se hubieran acercado a una tundidora más que para ejercer su oficio. Por otra parte, encontramos un sector más moderado entre los represores, igual de deseos de aplastar el ludismo, pero sólo el ludismo. Querían asegurarse que los ajusticiados fueran estrictamente delincuentes reales, intentando que las sentencias fueran contra destructores verdaderos; los delitos de traición a la Patria y los conatos de revolución trataron de dejarse fuera de las sentencias, ya que podía, como ocurrió en Manchester, tener como consecuencia la absolución del preso⁴¹.

⁴⁰ Fragmento del poema *Oda a los redactores del marco legal*, del poeta Lord Byron. Citado en VEGA CANTOR Renán, *La rebelión de los luditas...*, p. 9.

⁴¹ THOMPSON Edward, *La formación de la clase obrera...*, p 627.

El debate entre la violenta represión y la represión controlada, sin embargo, chocaba contra el muro de la solidaridad –quizás sea mejor llamarla moral– de la multitud. Y es que no fue nunca nada fácil lograr que miembros de la comunidad se presentaran como testigos en casos contra los luditas; quizás por miedo, pero quizás también por apoyo mutuo. De hecho hay multitud de ejemplos que muestran como los delatores de los encausados quedaban reducidos a no más que simples Judas de la comunidad, sufriendo en muchos casos la marginación y el abandono de sus vecinos; esto no lo hace el miedo, pero sí una solidaridad inmensa entre quienes se sabían de la misma condición.

Pero el golpe era certero. Ni toda la solidaridad, ni toda la moral que podía irradiar de aquellos pequeños pueblos de Inglaterra podían hacer frente a toda la fuerza que el Estado británico volcó sobre ellos. Finalmente, la violenta represión acabaría por imponerse y el poder británico acabaría por romper esta solidaria red que se había tejido entre los luditas y los vecinos. Pocos pudieron salvarse de alguna pena. Detenciones, deportaciones y ejecuciones fueron el final que tuvieron los luditas en la mayoría de las ocasiones. En el patíbulo, sin embargo, los declarados culpables solían no estar solos; multitudes acompañaban ese último paseo hacia la soga. La comunidad de los tres focos luditas debía considerar pues, que aquellos destructores que caminaban hacia su último aliento tenían una legitimidad moral más allá de la que los *Lores* y los *Comunes* les otorgaban.

EL LUDISMO ESPAÑOL

Las (ya no tan) nuevas interpretaciones –aunque las más aceptadas actualmente todavía– sobre el ludismo que ofrecieron los marxistas británicos hace ya casi setenta años transformaron el hecho histórico: un grupo de trabajadores que irrumpen en una fábrica a romper las máquinas; en una categoría histórica. Ahora, el ludismo no era algo propio de Inglaterra, como pudiera haber parecido con las interpretaciones más clásicas; estos destructores de máquinas podían aparecer, aunque con tipologías diferentes, en otras partes del mundo; y de hecho aparecían. Las interpretaciones ofrecidas anteriormente por Edward Thompson o Eric Hobsbawm fueron imitadas y aplicadas en otras geografías, adaptando la interpretación a sus contextos nacionales e históricos y se comprobó que funcionaba. Desde entonces, tras el motín o la revuelta se iba a buscar un motivo socioeconómico-cultural base: la destrucción de las estructuras de protección paternalista, la imposición de los tiempos de la fábrica y, en última instancia, la destrucción del trabajo y la crisis de subsistencia.

En este caso me centrare en el caso del ludismo español. Los levantamientos luditas en España parece ser que no tuvieron ni las dimensiones ni el alcance que tuvieron los ingleses; sin embargo, sería más acertado decir que no lo sabemos, ya que los casos de revueltas luditas en España están muy poco estudiados⁴² más allá de los dos casos más sonados de Alcoy y de la fábrica de Bonaplata en Barcelona. Sin embargo, se sabe que desde comienzos del siglo XVIII hubo destrucciones en muchas zonas de Castilla o en Galicia a comienzos del XIX en su industria pesquera⁴³; la falta de estudio de estos estallidos me impide afirmar si eran estallidos luditas como tal o si eran ese tipo de destrucciones que Hobsabwm denominó «*negociación a través del motín*»⁴⁴. Por ello habrá que centrar la exposición en los casos más notables: los estallidos catalanes y el caso alcoyano.

Aunque las revisiones historiográficas más modernas hayan demostrado que la Revolución Industrial no tuvo un modelo único, que el inglés fue sólo uno de los muchos modelos; y al tener en cuenta esta perspectiva se demostró que en España la industrialización al “estilo inglés” sólo se dio en Cataluña y el País Vasco, y a la vez hubo muchos otros focos como la industria agropecuaria valenciana; sí es cierto que la

⁴² CERDÁ PÉREZ Manuel, «El Ludisme», *Debats*, nº 11 (1985), p. 7.

⁴³ *Ibidem*, p.7.

⁴⁴ HOBBSAWM Eric, *Gente poco corriente...*, p 17.

mayor concentración industrial se dio en tierras catalanas; por ello, es lógico pensar que fue allí donde más estallidos luditas se dieron.

Nos encontramos pues que en 1823 un grupo de trabajadores del textil destruyó cuatro máquinas de cardar e hilar en Camprodón, en Gerona; se detendría a varios revoltosos y cuatro serían sometidos a un consejo de guerra. Este hecho valió para que el jueves 12 de junio de 1824 se publicara una Real Orden que imponía:

«la más estrecha responsabilidad al ayuntamiento de Camprodón, en Cataluña, y autoridades de la provincia, por los excesos cometidos en una fábrica de paños, cuyas máquinas destrozaron los trabajadores»⁴⁵

La Orden continuaba exponiendo los hechos acaecidos un año antes; el fabricante atacado, habiendo *«perdonado generosamente á los reos»* exigió que se impusiera la responsabilidad de las autoridades del país para evitar que se repitieran estos sucesos. Además, se exige que las autoridades de la villa de Camprodón estén listas ante cualquier movimiento que pudiera amenazar nuevas destrucciones. Por otro lado, se encargaba a los jefes de la Fuerza Armada que, en caso necesario, defendieran y protegieran las fábricas; la inviolabilidad de la propiedad privada había sobrevivido a la Restauración absolutista de Fernando VII y debía seguir siendo respetada por todos. Por último, la Orden tenía un mandato pedagógico que debía correr a cargo del ayuntamiento y donde se instaba a las autoridades del municipio a llamar

«á presencia del ayuntamiento a manos cesante, padres, maridos y gefes de familia, en pequeño número de cada vez, y se les instruya del bien que trae el uso de las máquinas»⁴⁶

Un trabajo pedagógico del palo y la zanahoria, pues se les prevenía:

«de repetirse los desórdenes serán procesados y castigados como tumultuarios: [...] que se encargue á los gefes de la fuerza armadas cooperen á la protección de las fábricas»⁴⁷

Los alborotos por tanto fueron considerables, ya que una Orden de tal calibre no se dictaba y aplicaba a la ligera. No contamos, a pesar de ello, con una descripción

⁴⁵ Gaceta de Madrid, nº 101, del 12/08/1824, p. 401.

⁴⁶ *Ibidem.*

⁴⁷ *Ibidem.*

detallada del conflicto acaecido en el pequeño pueblo catalán; pero sí sabemos que los estallidos luditas en Cataluña continuaron hasta bien entrado el siglo XIX, quizás no con una continuidad que permita asemejarlos a los estallidos ingleses, pero si se dieron en un contexto apropiado para que el calificativo de *luditas* no quede como un adjetivo azaroso. El caso catalán más sonado se daría en agosto de 1835 en la fábrica barcelonesa de Bonaplata, la cual fue destruida por una multitud heterogénea; los trabajadores del textil afectados por el proceso de industrialización incendiaron la fábrica tras enfrentarse a tiros con una resistencia que encontraron ante la misma, dirigida por el hijo de los Bonaplata. Observando los testimonios, se puede concluir que el estallido fue propiamente ludita⁴⁸.

Sin embargo, y volviendo a la Real Orden, ésta no puede entenderse sin tener en cuenta los estallidos luditas que ocurrieron en Alcoy dos años antes.

La zona de Alcoy y sus pueblos circundantes eran una predominantemente agraria, donde la industria dominante era la textil y la papelera fundamentalmente. Esta industria se concentraba totalmente en Alcoy, que absorbía un flujo de campesinos empobrecidos que dependían enormemente del salario que recibían en la industria alcoyana. Los campesinos se volvieron rápidamente dependientes de la ciudad, y con la llegada de la modernización industrial y la mecanización, muchos trabajadores irremediabilmente iban a ser despedidos. Antes de que el ludismo alcoyano estallara, se estaban plantando ya las semillas del mismo.

El proceso fue gradual, como en todos los lugares; desde 1806 hay testimonios de búsqueda de maquinaria útil para procesos de cardado e hilado, aunque no de muy buena calidad⁴⁹; para 1818 y 1819 la maquinaria había comenzado a introducirse en la industria local de manera masiva. Comenzó a correr el descontento entre hilanderos y cardadores por el temor a ser sustituidos por estas nuevas máquinas⁵⁰; recordemos que estos trabajadores del textil, jornaleros sin tierra de los pueblos aledaños a Alcoy, eran totalmente dependientes económicamente de esta industria.

Y finalmente, todo comenzó en febrero. En febrero de 1821, un mes antes de que ocurriera nada, ya comenzaban a escucharse rumores de la existencia de grupos clandestinos que planeaban atentar contra las máquinas que amenazaban los sueldos de

⁴⁸ CERDÁ PÉREZ Manuel, *El ludisme...*, pp 7-8.

⁴⁹ TORRÓ GIL Lluís, «Los inicios de la mecanización en la industria lanera de Alcoy», *Revista de Historia Industrial*, nº6, 1994, pp 133.

⁵⁰ CERDÁ PÉREZ Manuel, *El ludisme...*, p. 9.

los jornaleros y trabajadores de Alcoy y alrededores. Finalmente, el 2 de marzo de 1821, unos mil doscientos hombres provenientes de las poblaciones aledañas se dirigieron al núcleo de población armados con lo primero que encontraron y destruyeron 17 máquinas situadas en el exterior de la ciudad; lograrían la promesa del ayuntamiento de que las que restaban en el interior serían desmontadas de manera pacífica, bajo amenaza de que, en caso de no hacerse, la multitud irrumpiría y las destruiría ella misma. Con esta promesa, las condiciones de los trabajadores se impusieron y procedieron a retirarse, al menos de manera temporal.

Pero el ayuntamiento de Alcoy no pensaba quedarse de brazos cruzados ante tal muestra de rebeldía por parte de los trabajadores: el 6 de marzo, Alcoy pidió ayuda militar, una ayuda que llegaría en los días siguientes de Játiva y Alicante; con los refuerzos apostados en la ciudad se procedió a aplicar una dura represión que llevó a detenerse y procesar a setenta y nueve luditas y a encausar al menos a ochocientos más. A este periodo represivo lo siguieron varios meses de relativa paz, alterados no más que con un ataque más que quedó en un intento en diciembre del mismo año. Estaba claro que las máquinas habían vuelto a su funcionamiento habitual.

El año siguiente fue más tranquilo, sin incidentes resaltables al parecer, pero comenzaron a correr rumores de reuniones secretas en los pueblos y aldeas aledañas. Finalmente, el secreto explosivo detonó; el 29 de julio de 1823 un grupo de unos quinientos luditas se presentaron a las puertas de Alcoy, igual que habían hecho dos años atrás, pero esta vez el ejército, advertido de los posibles alborotos, les salió al encuentro. El grupo de trabajadores realizó exigencias similares a las vertidas en marzo de 1821: el desmonte de las máquinas y una vuelta al sistema consuetudinario anterior. Ocurrió esta vez, que los luditas alcoyanos no tenían la superioridad de la fuerza, y hubo un violento choque entre el ejército y los trabajadores, dejando numerosos heridos y cinco detenidos.

1823 es el último año en el que encontramos un levantamiento real en la comarca de Alcoy; desde entonces y hasta 1826 sólo se escucharon rumores y alarmas que encendía seguramente el propio ayuntamiento. Sin embargo, grupos de trabajadores armados que salían a defender un modo de vivir idealizado y totalmente anacrónico a aquel momento histórico no volvieron a aparecer.

Por el momento de la revolución burguesa en el que estallaron, y por su extensión tanto temporal como territorial, además de por los testimonios recogidos por otros historiadores, se puede afirmar que estos trabajadores no se levantaban únicamente

contra la máquina, sino que, como sus compañeros ingleses, se levantaban contra un sistema económico nuevo, aplicado sin miramientos sobre un mundo todavía antiguo. Estas poblaciones, acostumbradas a la protección paternalista que les brindaba su pequeña comunidad, se encontraron de repente abandonadas a su suerte en un mundo que no conocía de la solidaridad de los tiempos antiguos. Contra este sentimiento de abandono, de soledad y de añoranza por un pasado mejor –seguramente idealizado– se levantaban los destructores de máquinas de Alcoy, Barcelona y Camprodon.

UN NUEVO CAPITÁN PARA EL PUEBLO: EL CAPITÁN SWING

Los conflictos industriales capitaneados por la mítica figura de Ned Ludd no fueron los últimos coletazos de resistencia que dio la nueva clase trabajadora de Inglaterra ante la imposición absoluta y sin condiciones de un capitalismo salvaje; en la campaña inglesa a la altura de 1830, quince años después de que el fantasma ludita se creyera abatido, volvió a correr el rumor de que un nuevo espectro se alzaba en el sureste; un espectro que recordaba a las clases poseedoras un pasado muy reciente que creían haber superado: el espectro del Capitán Swing.

La revolución industrial había transformado de arriba abajo la sociedad inglesa; las grandes fábricas capitaneadas por nuevos empresarios textiles, pese a ser una minoría, se estaban convirtiendo en el eje vertebrador de la economía de la isla; la que ya era el *taller del mundo* a la altura de 1830, estaba aún comenzando su escalada como potencia económica, colonial y militar; la otra cara de la moneda la he expuesto más arriba: el combustible de esta maquinaria industrial lo conformaban unas nuevas clases trabajadoras explotadas durante tres cuartas partes del día por unos salarios que apenas les llegaban para malvivir. Pero los cambios que conformó esta revolución industrial no iban a dejar indemnes a la campaña inglesa; ésta iba a sufrir unos profundos cambios que la iban a llevar a convertirse, de una sociedad tradicional y paternalista a otra donde las relaciones salariales y patronales iban a dominar al individuo: así, encontramos que para un observador –no necesariamente muy perspicaz– cualquiera, la Inglaterra rural del siglo XIX sería diferente a cualquier otro país de su misma época ya que no tenía campesinos⁵¹.

La Chispa de Swing

Los campesinos a los que la alta sociedad inglesa podía hacer referencia en sus cartas, escritos políticos o diarios, hacían referencia, no al pequeño agrícola continental que tras trabajar las tierras de su señor podía trabajar una pequeña parcela de su propiedad, sino que hacía referencia a un *proletario rural*: un jornalero dependiente únicamente de su fuerza de trabajo; por ello mismo, por su transformación de campesino a proletario (no directamente por culpa de la revolución industrial), la

⁵¹ HOBBSAWM Eric, RUDÉ George, *Revolución Industrial y Revuelta Agraria. El Capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 2009, p. 19

mayoría de reclamas que podía hacer no iban en relación a la tierra, sino a los salarios⁵². Y es que, durante las guerras napoleónicas, los precios experimentaron un enorme aumento, haciendo que el mundo rural inglés viviera una *edad de oro*. Sin embargo, al terminar éstas, los salarios volvieron a un nivel de subsistencia, como era normal en la campiña; pero los trabajadores rurales mirarían sus salarios actuales recordando los buenos tiempos de las guerras, cuando los precios se habían disparado.

Pero no era únicamente su propia percepción; las tierras que trabajaba el proletario rural inglés habían sido incrustadas en el mercado, introduciendo las lógicas del capitalismo en las vidas de éstos trabajadores agrícolas, por tanto, la caída de precios del mercado equivalía a la pérdida de poder adquisitivo de éstos: con el desbroce de las relaciones de protección paternal y la intrusión de las lógicas del mercado, el trabajador rural inglés se encontró totalmente desamparado y con un nivel adquisitivo por debajo del nivel de subsistencia; así, la frontera entre el pobre y el trabajador se difuminó del todo⁵³.

La profunda brecha que la revolución industrial había abierto en el campo inglés entre el rico y el pobre se acentuó más por la enorme dependencia a la que se vio abocado el jornalero a la *Ley de Pobres*. Y es que, el arrendatario que solía pagar en dinero a sus trabajadores, a los que no les hacía contratos de larga duración, sino que los mantenía en un limbo en el cual no sabían si al día siguiente volverían a labrar las tierras que labraban hoy, la Ley de Pobres subsidiaba los problemas que podía generar la fluctuación de los precios para los arrendatarios: aplicaron unos salarios de miseria que la administración local subsanaba con los impuestos a los contribuyentes para mantener a estos jornaleros en el nivel de subsistencia; la Ley de Pobres se había transformado, de una ayuda esporádica en tiempos de necesidad, a un subsidio imprescindible para el pobre rural⁵⁴. La cosa empeoraría con la transformación de la *antigua* Ley de Pobres en una nueva, que recibiría el nombre de *sistema Speenhamland*, la cual trató de combinar la lógica de mercado de los salarios por trabajo con la tradición agrícola y proteccionista paternal. Sin embargo de ella se extrajo lo peor de ambos sistemas: el jornalero no podía aventurarse fuera de su parroquia, pues por el crecimiento de la población no encontraría trabajo fuera, donde además sería, con suerte, un simple extranjero; sin embargo, dentro de su parroquia no podía caer por

⁵²*Ibidem.*, p. 84.

⁵³*Ibidem.*, p. 56.

⁵⁴*Ibidem.*, pp. 55-56.

debajo del umbral de la subsistencia, pues el sistema Speenhamland le aseguraría al menos una comida al día, pero tampoco podía salir de ese umbral ya que los penosos salarios y el excedente demográfico le hacían totalmente dependiente de una Ley de Pobres hecha dentro de unas lógicas mercantiles y capitalistas.

Ante esta situación, el trabajador no se quedaría con los brazos cruzados, aunque contara con pocos medios de protesta; podía reclamar mejores salarios o podía abandonar su ínfima ayuda exiliándose de su parroquia; también podía transformarse en delincuente y adentrarse en el peligroso mundo de la caza furtiva y la recolección prohibida; podría amenazar a su arrendatario quemando sus graneros o dándole algún susto agresivo; por último, podía atacar aquello que ya se había convertido en el símbolo máximo de su miseria: las máquinas. Pero no todas las máquinas, una en especial: la trilladora. Y es que la trilla suponía un cuarto del trabajo humano necesario anual en el campo y la introducción de la trilladora les amenazaba con dejarles sin esa cuantiosa parte de su salario; se estaba comenzando a forjar una relación que sería fundamental para los levantamientos de 1830: exigir mejoras salariales o de empleo iba de la mano de exigir el desmantelamiento de las máquinas⁵⁵.

Así, poco a poco se estaba creando un caldo de cultivo óptimo para el levantamiento; queda por examinar el tumultuoso contexto político que vivía el Viejo Mundo a la altura de 1830 y que iba a ser condicionante para que los trabajadores rurales se echaran a los campos siguiendo la bandera de Swing.

Primeramente habría que recordar que 1829 fue uno de los peores que se recordaban en la campiña inglesa; había sido un año de cosechas bastante malas y el invierno había sido muy duro, por tanto, cuando las flores de la primavera habían vuelto a renacer y el calor calentaba nuevamente los caminos, los trabajadores agrícolas sólo podrían qué temer el final de esa templada estación y la llegada de un hipotético invierno tan crudo como el anterior. Seguidamente me gustaría apuntar que la Ley de Pobres, mencionada y puesta en valor más arriba, por su propia naturaleza iba degenerándose año a año; las ayudas que podía ofrecer la parroquia iban disminuyendo porque el Impuesto de Pobres con el que se recolectaban también lo hacía, lo que llevó a muchos pobres rurales que dependían de este subsidio a caer más aún en las garras del hambre. Por último, hay que destacar el agitado contexto político que se estaba viviendo; y es que 1830 fue el año en el que estalló una revolución justo al otro lado el

⁵⁵*Ibidem*, p. 97.

Canal de la Mancha, y la propia política inglesa había visto ponerse cabeza abajo al sacar del gobierno al partido *tori* que llevaba en el poder desde más allá de lo que alcanzaba la memoria de las personas⁵⁶. Estos dos sucesos iban a crear inevitablemente un ambiente de euforia comedida y de ilusión difusa. Pero no más. Los mensajes de la revolución al otro lado del Canal llegaron a los oídos de los trabajadores mediatizados por los radicales ingleses⁵⁷, pero no sería la chispa que prendió las parvas de la campaña, pero sí creó el ambiente propicio para que ciertas demandas políticas se calaran entre los revoltosos.

Por lo tanto, y poniendo en valor todo lo dicho hasta ahora, la chispa que encendió la llama de Swing se podría resumir en una conjunción de causas económicas y sociales dentro de una bruma de tensión y expectativas políticas causadas por la revolución en el continente y los cambios gubernamentales acaecidos en el gobierno *tori*. La mala situación generada por el invierno de 1829 y el miedo a que se repitiera en 1830; la degradación de las condiciones morales y de subsistencia por culpa del sistema Speenhamland, que más que un alivio, había supuesto un mecanismo más de humillación de los proletarios rurales; y por último, el temor que se generó entre aquellos trabajadores al aparecer en escena de manera imponente un actor que parecía no querer irse y que iba a amenazar sus empleos y salarios: la máquina trilladora. Todo un marco de condiciones adversas que iban a crear el caldo de cultivo idóneo para que los levantamientos sucedieran; las palabras de Eric Hobsbawm son más tajantes al respecto:

*«Había, como hemos visto, multitud de causas que justificaban la inquietud de los trabajadores, y por cierto es difícil imaginar que hubiesen podido **no** revelarse»⁵⁸*

El Capitán Swing

Y ciertamente, los trabajadores se revelaron. El 28 de agosto de 1830 fue destruida la primera máquina trilladora en Kent. Como he apuntado a lo largo de la exposición, la máquina trilladora había sido convertida por los trabajadores agrarios en un símbolo terrible de su propia miseria; sin embargo, estos disturbios que provocaron

⁵⁶*Ibidem*, p. 113.

⁵⁷*Ibidem*, p. 115.

⁵⁸*Ibidem*, p. 69.

la destrucción de esta primera trilladora eran la explosión que llevaba anunciándose desde el comienzo del verano. Y es que algo más al norte el descontento generado por las condiciones de la campaña inglesa ya había empezado a generalizarse pues se tiene constancia de varios incendios que superaron la veintena al llegar septiembre, en incluso hubo algún contagio a un condado vecino; es por ello que las primeras destrucciones de máquinas trilladoras en Kent pasaron ligeramente desapercibidas⁵⁹. Sin embargo, el conflicto no haría más que recrudecerse. Para finales de octubre «*se informó que habían sido destruidas algo así como cien máquinas, principalmente en Kent oriental*»⁶⁰. Por si esto fuera poco, las primeras cartas firmadas por un tal *Swing* comenzaron a aparecer en las viviendas de arrendatarios que no se doblegaron ante la voluntad popular y se deshicieron de sus máquinas.

El movimiento tomó un cariz diferente con la llegada de noviembre, y es que pareció desarrollarse una alianza coyuntural entre trabajadores y arrendatarios: los primeros exigían mejores salarios; los segundos exigían una bajada de los diezmos para conceder tal ascenso. Así, esta inusual alianza llevó a que se expulsara de las parroquias a los cobradores de los diezmos y las rentas señoriales; a cambio, los sueldos de los trabajadores se vieron aumentados. Noviembre continuó con la generalización de los movimientos *Swing* al condado vecino de Sussex donde prontamente comenzaron los “desfiles” de pobres reclamando mejores salarios y la destrucción de las trilladoras.

El desplazamiento de las revueltas *Swing* del este hacia el oeste parece haberse producido por contagio a medida que las máquinas eran introducidas en otros condados; las noticias de los levantamientos se propagaban de taberna en taberna o por algún grupo errante que difundían las noticias de aldea en aldea⁶¹. Cuando los ecos de *Swing* se convirtieron en gritos en el oeste, demostraron ser, en la zona, los que más ímpetu y dureza presentaron. En poniente, los estallidos se parecieron mucho a los acaecidos en Kent, pero con la peculiaridad de que aquí la destrucción de máquinas fue más general. Las destrucciones aquí fueron igualmente precedidas de incendios; el 18 de noviembre de 1830 comenzaron las primeras destrucciones y ya no se detuvieron.

Así, el 19 del mismo mes se concatenaron varios levantamientos en aldeas de la zona, alargándose en algunos casos hasta días; un gran número de máquinas se destruyeron y, según escribió un magistrado local de Andover –donde el levantamiento

⁵⁹ *Ibidem*, p. 129.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 130

⁶¹ RUDÉ George, *La multitud en la Historia...*, p. 181

que menciono fue particularmente violento—, los trabajadores habían logrado un aumento considerable de sus salarios⁶². El levantamiento en dicha aldea se alargó hasta el 22 de aquel mes y, como la mayoría de los levantamientos Swing, estuvo motivado por los salarios de miseria que recibían los trabajadores y la amenaza constante que presentaban las máquinas.

Este es un solo ejemplo de lo que realmente aconteció en los condados occidentales; la extensión de los levantamientos se generalizó a una infinidad de parroquias y aldeas, pero cuanto más se alejaban del condado que vio nacer a las revueltas, más se atenuaba y se convertían en *estallidos aislados*. La violencia y la organicidad con la que estas revueltas se sucedieron sólo es comparable a la fuerza con la que la represión golpeó aquí: más de 300 prisioneros esperaban juicio cuando acabó noviembre, en comparación a los 100 que aguardaban en las cárceles de Kent⁶³.

Las protestas habrían de alcanzar todos los condados centro y sur de Inglaterra, a excepción de la ciudad de Londres. Los disturbios que alcanzaron East Anglia tuvieron unas características propias ya que las reclamas de mejores salarios —al igual que ocurrió en Kent—, se unieron a las reclamas de reducción de los diezmos por parte de los arrendatarios⁶⁴. Sin embargo, ello no limitó la destrucción de las máquinas; que en los condados del norte comenzó hacia el 19 de noviembre y vería alargarse hasta finales de mes. En diciembre, la asociación entre jornaleros y arrendatarios se estrechó, y los objetivos de los ataques se concentraron en los párrocos y la acaudalada nobleza rural; se comenzaron a escuchar gritos contra los diezmos y las rentas que se relacionaban con el aumento de sus salarios: aquí se encontraría la característica particular de esta zona.

La zona de East Anglia parece ser la más peculiar por albergar esa inusual alianza y llevarla más lejos que en ningún otro condado. En las Midlands, el patrón pareció seguir el mismo que en los condados sureños: una destrucción general de máquinas trilladoras acompañadas de previos incendios de parvas y graneros, estando el origen de la revuelta, tanto en unas reclamas de mejores salarios y desmantelamiento de las máquinas como el contagio proveniente de los condados del oeste.

A comienzos de diciembre las revueltas Swing fueron finalmente sofocadas; los daños fueron considerables: llegaron a afectar directamente a dieciséis condados⁶⁵, los

⁶² HOBBSAWM Eric, RUDÉ George, *El capitán Swing...*, p. 159

⁶³ *Ibidem*, p. 155.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 207

⁶⁵ RUDÉ George, *La multitud en la Historia...*, p. 182.

daños ascendieron a miles de libras y el terror volvió a propagarse entre los propietarios como hacía veinte años que no lo hacía; la represión aplicada contra los trabajadores rurales no se quedaría atrás: diecinueve fueron ahorcados, seiscientos cuarenta y cuatro condenados a penas de prisión y quinientos cinco fueron deportados a Australia⁶⁶. Las medidas utilizadas por el gobierno inglés fueron desde militares hasta políticas, de represivas a conciliadoras⁶⁷ pero, según Hobsbawm y Rudé, ni a carlistas, luditas o revoltosos de otro tipo les aplicaron medidas tan severas⁶⁸.

Humo blanco: Pautas y objetivos de Swing

Hasta aquí, la narración ha llevado una dirección más o menos recta: un recorrido desde los primeros estallidos en Kent en junio hasta ver ascender el humo blanco de las últimas parvas en diciembre⁶⁹. Las actividades fueron de muy variada tipología pero siempre subyació el mismo deseo: un buen salario y el fin del desempleo en el campo⁷⁰.

Las revueltas que se desarrollaron en esas pocas semanas tuvieron sin embargo, una anatomía común: Se enviaba al propietario señalado una carta amenazante en la que se indicaba –generalmente– que debía destruir sus máquinas trilladoras si no quería sufrir la cólera de *Swing*. Aquí un ejemplo:

«Ésta es para informaros, caballeros, de lo que os sucederá si no destruíis vuestras trilladoras y eleváis el salario de los pobres y dais dos chelines y seis peniques a los casados y dos chelines a los solteros. O incendiaremos vuestros graneros con vosotros dentro. Éste es el último aviso.»⁷¹

Estas cartas solían ser el prelude de un levantamiento más general, pero no solían estar estrechamente vinculadas con el mundo laboral, aunque se entrelazaran indirectamente⁷².

Los revoltosos se organizaban en bandas pequeñas que solían responder a un líder, según indican varios testimonios recogidos por varios historiadores, que era el que iba a deliberar con el dueño de las máquinas en caso de que fuera necesario; esta banda

⁶⁶ VEGA CANTOR Renán, *La rebelión de los luditas...*, p. 18

⁶⁷ HOBSBAWM Eric, RUDÉ George, *El capitán Swing...*, p. 347

⁶⁸ *Ibidem*, p. 361.

⁶⁹ Hubo rebrotes importantes dos años más adelante: un estallido importante que se alargó durante el verano de 1831 en Kent; y por último en septiembre de 1832 en Cambridge se destruiría una trilladora.

⁷⁰ HOBSBAWM Eric, RUDÉ George, *El capitán Swing...*, p. 267.

⁷¹ Carta *Swing* extraída de: *Ibidem*, p. 283.

⁷² *Ibidem*, p. 280.

organizada de manera espontánea era la que después iba a campar por los campos y pueblos, normalmente nunca muy alejados de su punto de partida, y actuando generalmente de noche –aunque hubo veces que las destrucciones se realizaron a la luz del día– se presentaban en las casas de los *arrendatarios inmorales*. La mayoría de los arrendatarios señalados y asaltados fueron tratados con benevolencia, sin agresiones: las armas solían portarse únicamente para amedrentar; sin embargo, cuando el señalado en cuestión no colaboraba, podía llegar a sufrir en sus carnes algún que otro garrotazo. La pauta es muy similar a la que aconteció en los condados textiles con Ned Ludd unos 20 años antes.

Los objetivos de estos destructores han sido muy discutidos, llegándose a especular incluso de que hubiera motivaciones políticas bajo los intereses de Swing, motivaciones absorbidas de agitadores radicales provenientes de Francia o de la misma Inglaterra; sin embargo, mirando las revueltas en su conjunto, no parece que la influencia de estos agitadores pasara de eso: una influencia⁷³. Las revueltas fueron estrictamente de tipo laboral, según parece. La influencia política no parece apreciarse claramente en ningún lado. Los hijos del Capitán Swing se movilizaron en busca de mejores salarios, empujados por el paro, el hambre y la degradación moral sufrida por la aplicación sin medias tintas de las lógicas capitalistas y mercantiles en una estructura agraria donde los ecos de un tradicionalismo arcaico aún dejaban oírse si se prestaba atención.

Pero ¿Mereció la pena tal represión? ¿Se cumplieron algunos de los objetivos perseguidos por Swing y sus seguidores? Según he tratado de describir arriba, en muchos de los casos los salarios se vieron engordados, ya sea por la colaboración con los arrendatarios por la reducción del diezmo o porque de verdad los trabajadores se hicieron respetar es otro tema; por otra parte, salvo en algún condado donde las máquinas trilladoras mantuvieron su uso, en el resto del país no se las vio amenazar el trabajo de los jornaleros hasta bien entrada la década de 1850. Es por tanto innegable, que el movimiento insurreccional, con sus altibajos, con su sufrida represión y con su olvidada localización, fue un éxito, quizás parcial, quizás no completo y por supuesto que no fue gratis, pero un éxito a fin de cuentas, y por tanto el más certero de los que vio nacer el siglo XIX: «*El verdadero nombre del Rey Ludd fue Swing*»⁷⁴

⁷³*Ibidem*, p. 298

⁷⁴*Ibidem*, p. 412.

CONCLUSIONES

La tipología de los movimientos obreros pre industriales ha sido analizada ya en el pasado excelentemente por muchos historiadores sociales. Las perspectivas utilizadas por la primera generación de historiadores del movimiento obrero, tales como los *Hammond*, fueron superadas por algunos miembros del grupo de los historiadores marxistas británicos, donde encontramos a Hobsbawm, Rudé y al voluminoso E.P. Thompson. Desde entonces, todos los trabajos que han tratado el tema del ludismo han tenido siempre como base aquellos tres pilares. Las tesis que presentaron fueron muy interesantes y las conclusiones sólidas y reveladoras. Dicho esto, procederé a exponerlas.

Primeramente, y como conclusión central a la que no es difícil llegar una vez consultados varios de los títulos citados más arriba, es que estos movimientos contra las máquinas nunca fueron fruto de la ignorancia y del miedo al progreso de unos cuantos trabajadores que temían perder sus empleos y caer en las garras del hambre. Esta explicación, y como he intentado demostrar a lo largo de la exposición, no podía abarcar ni explicar totalmente los sucesos que entre 1811 y 1832 ocurrieron en Inglaterra. La cantidad de elementos subyacentes a la mera *tecnofobia* eran tantos que no podían ser ignorados: el desgaste de las relaciones comunitarias y paternas, que vendría acompañado de un sentimiento de abandono que posiblemente no puede cuantificarse; la irrupción del *tiempo de la máquina*, la cual dictaría a partir de entonces los tiempos de trabajo y descanso; la imposición de unas lógicas capitalistas en unas mentalidades que aún no iban a tolerarlas. Y la lista podría seguir. Pienso que, por todo lo expuesto, la idea de la tecnofobia no se puede sostener ya en ningún punto de apoyo; aunque en el imaginario colectivo la palabra ludita siga refiriéndose a una persona contraria al progreso tecnológico.

Seguidamente, me gustaría incidir en algo importante: la naturaleza totalmente pre industrial de los levantamientos luditas. El marco idóneo para que estos estallidos ocurrieran no podía ser el de un gobierno liberal, industrial y capitalista. Los mecanismos jurídicos, administrativos y represivos se iban a complejizar enormemente en la era industrial, y el modo de vida de la burguesía iba a imponerse inevitablemente a toda la sociedad: la colectividad que podía representar la sociedad paternalista iba a dar paso al individuo característico moldeado a interés de la burguesía. El trabajador, por su parte, encontraría otros métodos de presión y asociacionismo; no es descabellado

afirmar que tanto los estallidos luditas como otras formas de protesta y presión popular pre industrial servirían de campo de entrenamiento para los primeros cuadros de las futuras organizaciones obreras modernas. El tiempo del ludismo moría con el desarrollo de la sociedad industrial y capitalista, pero podrán encontrarse ecos de su experiencia en el futuro sindicalismo moderno.

Por último, presentar la idea de que los movimientos luditas de 1811 y 1830 fueron reacciones que se dieron cuando el resto de medios de negociación fracasaron; una reacción violenta aplicada a un contexto más violento. Y es que no sólo las relaciones de protección paternalistas o las abusivas horas de trabajo vinieron a azotar a la nueva clase trabajadora naciente; los mecanismos de represión del Estado capitalista también se complejizaron y volcaron en la defensa de la propiedad privada: la piedra angular de la sociedad burguesa. La violación de ésta, que podía ir desde la destrucción de una máquina hasta la recolección de madera en bosques antiguamente comunes, se castigaba duramente, y ante una situación de violencia, una respuesta pacífica no parecía ser la mejor. Claro, no sólo esto convertía una mera destrucción de un telar en un acto ludita: las causas que subyacen en esta cuestión son tanto de larga duración como de corta; tanto inmediatas, como un invierno duro o una bajada repentina de sueldos, como estructurales.

El ludismo es un ejemplo más de que el precio de la Revolución Industrial no fue igual para todos, y que por supuesto sus beneficiarios nunca tuvieron que estar 18 horas en un telar para engordar sus bolsillos. Los levantamientos luditas y las revueltas Swing fueron un último golpe de una sociedad moribunda, que exhalaba su último aliento mientras la nueva sociedad industrial ya hacía tiempo que caminaba. Fue un último levantamiento desesperado –y quizás glorioso– de esta antigua clase trabajadora que vivía su propia muerte y que vería también su pronta resurrección en proletaria, y con ella, nuevas formas de resistencia nacerían también; era cuestión de tiempo que las descubrieran.

BIBLIOGRAFÍA

- CERDÁ PÉREZ Manuel, «El Ludisme», *Debats*, nº 11 (1985), pp. 5-17.
- FONTANA Josep, *Capitalismo y Democracia. 1756-1848*, Barcelona, Crítica, 2019.
- HOBBSAWM Eric, RUDÉ George, *Revolución Industrial y Revuelta Agraria. El Capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 2009.
- HOBBSAWM Eric, *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y Jazz*, Barcelona, Crítica, 1999.
- HOBBSAWM Eric, *La Era de la Revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 1997.
- HOBBSAWM Eric, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987
- MORI Giorgio, *La Revolución Industrial*, Barcelona, Crítica, 1987.
- THOMPSON Edward, *La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra*, Barcelona, Capitán Swing, 1989.
- THOMPSON Edward, «La Economía moral de la multitud», en THOMPSON Edward *Costumbres en Común*, Madrid, Capitán Swing, 1992.
- TORRÓ GIL Lluís, «Los inicios de la mecanización en la industria lanera de Alcoy», *Revista de Historia Industrial*, nº6, 1994, pp 133-141.
- RUDE George, *La multitud en la Historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, Madrid, siglo XXI, 2009.
- RULE John, *Clase obrera e Industrialización*, Barcelona, Crítica, 1990.
- VAN DAAL Julius, *La Cólera de Ludd*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2015.
- VEGA CANTOR Renán, *La Revolución de los luditas (Un bicentenario olvidado 1812-2012)*, Biblioteca Virtual Omegalfa, 2014. Recuperado en: <https://omegalfa.es/autores.php?letra=v#>.
- WEBER Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, Ediciones ISTMO, 1998.
- Gaceta de Madrid, nº 101, del 12/08/1824, p. 401.